



Putin escribe durante la cumbre con la UE que mantuvo el viernes en Helsinki. A la derecha, Litvinenko. [AP]

EMILI J. BLASCO

LONDRES. DV. La Guerra Fría fue dada por concluida con la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento del bloque del Este, pero los espías aún existen e, incluso, campan a sus anchas ante el menor presupuesto que los países occidentales dedican al contraespionaje, al centrar sus esfuerzos en la amenaza terrorista internacional. Las circunstancias cambian, pero no los métodos, y un misterioso veneno o un cóctel letal indeterminado vuelven a ser usados para quitar de en medio a alguien incómodo.

El ex agente ruso Alexander Litvinenko parece haber pagado con una muerte lenta –23 días de calvario desde los primeros vómitos– sus ácidas críticas a Moscú. Las escasas fuerzas que le quedaron los últimos días en una cama de la UCI del hospital del University College de Londres fueron para señalar al Kremlin.

¿Un castigo ordenado por Vladímir Putin para acallar a uno de sus críticos más activos? ¿Un ajuste de cuentas de antiguos camaradas de Litvinenko en los laberintos del viejo KGB, que le pagan así su sonada desertión hace seis años? ¿Una acción preventiva ante la información que el ex espía obtenía sobre los asesinos de la periodista Anna Politkóvskaya? ¿Una operación de la mafia rusa contra el nutrido círculo de disidentes, varios de ellos millonarios, que viven exiliados en la capital británica? Sea lo que fuere, quizá todo eso a la vez, es posible que nunca llegue a saberse. ¿Y el veneno? Las últimas sospechas apuntan al Polonio 210, un elemento altamente tóxico y en Londres ya hay psicosis, pues se ha encontrado un rastro radiactivo en el último bar que visitó la víctima.

Roces diplomáticos

Pero más allá de los detalles de la investigación abierta por Scotland Yard, aún sin sustantivos avances, el caso sugiere dos cosas, según han destacado diversos analistas los últimos días. Una es que tal vez sea la primera acción punitiva en el extranjero del Buró Federal de Seguridad (FSB), la central interior de inteligencia rusa

El asesinato del ex agente ruso Alexander Litvinenko parece desempolvar los métodos de la Guerra Fría y supone el retorno de la era de las venganzas

El destino venenoso de los viejos espías

–una de las dos sucesoras del KGB; la otra es el SVR, el Servicio de Inteligencia Exterior–, después de que en julio la Duma rusa aprobara una ley para permitir que el FSB persiga los enemigos del Estado ruso allí donde se encuentren escondidos.

La otra es que, si esto es así, indicaría que Putin estaría dispuesto a más de un roce diplomático con los países occidentales, y ello porque se encuentra en una posición de fuerza debido a las necesidades que éstos tienen de sus suministros energéticos. Esto es lo que temen los enemigos del presidente ruso que hasta ahora se creían a salvo en Londres. A Litvinenko, por ejemplo, no le ha valido de mucho que el mes pasado se le concediera la nacionalidad británica. Tiempo atrás, tanto él

como su vecino Akhmed Zakáyev, otro destacado refugiado, sufrieron el ataque de un cóctel molotov contra la mutua fachada de sus viviendas. El envenenamiento supone ahora una escalada.

En la Federación Rusa, el entonces coronel del FSB Litvinenko luchó contra Zakáyev cuando éste era un destacado rebelde checheno. Pero el enfrentamiento a Putin les había unido en Londres, en un círculo al que se suman otros prominentes emigrados: antiguos espías como Oleg Gordievsky, agente doble que pidió el asilo en el Reino Unido en 1985; disidentes de la era soviética como Vladímir Bukovsky, que llegó a Gran Bretaña tras ser encarcelado en la Unión Soviética durante una década, y oligarcas como Boris Berezovsky, que amasó una fortuna con el co-

lapso del comunismo, puso en marcha una potente televisión crítica con Putin y tuvo que huir de su país ante amenazas de ser llevado ante los tribunales por corrupción.

Tiempos oscuros

«Esto es el retorno a la era de las venganzas del KGB. Litvinenko ha sido la primera víctima, pero no será la última», ha advertido Bukovsky. Para Gordievsky, «el KGB ha sido renombrado como FSB, pero sus métodos no han cambiado desde aquellos perfeccionados en las más oscuras horas del reino de terror de Stalin».

Algo, en cualquier caso, ha cambiado. En la época de la Guerra Fría los contactos de los espías soviéticos tenían lugar en una capilla lateral del Brompton Oratory,

El nuevo KGB podría haber cruzado por primera vez las fronteras rusas

Su poderío energético otorga a Putin una 'licencia para matar' en el extranjero

una iglesia católica cercana a los almacenes Harrods. Hoy no hace falta tanto sigilo para quienes desean pasarse información confidencial, y Litvinenko se reunió con sus confidentes el día 1, el supuesto día de su envenenamiento, primero en un elegante hotel del centro de Londres y luego en un restaurante japonés del turístico Piccadilly Circus.

También Litvinenko habría bajado la guardia, quizá no tan entrenado como antaño, y eso que era consciente del riesgo que corría. «Me dijo que estaba seguro porque reconocería a un asesino a una milla de distancia; ha sido víctima de su propio orgullo», comenta Gordievsky.

Atrás quedan diez años de confrontación con Putin. A finales de los 90, el entonces teniente coronel del FSB, donde entró a los 26 años tras un período en el Ejército, se enfrentó a quien era su máximo jefe por no combatir suficientemente la corrupción que había en la central de inteligencia. Como responsable de una investigación sobre prácticas internas, Litvinenko se ganó además muchos enemigos entre sus colegas.

Su camino de no retorno fue una conferencia de prensa en Moscú en 1998, en la que aseguró que se le había encargado el asesinato del empresario Berezovsky. Meses después sería arrestado y encarcelado. Los tribunales le absolvieron, pero nuevas causas se levantaron contra él. En 1999 publicó un libro en el que acusaba a Putin de haber promovido un atentado contra un bloque de apartamentos con el fin de culpar a terroristas chechenos.

Finalmente, en 2000 escapó con su mujer e su hija a Londres, donde siguió levantando su voz contra el todopoderoso presidente ruso, no siempre con mucho crédito, como cuando dijo que tras los ataques del 11-S se encontraba el FSB o que destacados dirigentes de Al-Qaida eran agentes pagados por el Kremlin. El haber puesto tierra de por medio no ha impedido que sus enemigos le alcanzaran. ■

Ajuste de cuentas al desertor

La víctima desveló la existencia de un laboratorio clandestino de sustancias tóxicas que funciona desde la época de Stalin

RAFAEL M. MAÑUECO

MOSCÚ. DV. Aunque el Kremlin se queja de que en Occidente «están funcionando los viejos clichés de la Guerra Fría y el mito de la supuesta crueldad» de los agentes secretos rusos, no es baladí suponer que detrás de lo que le ha pasado a Litvinenko están sus antiguos compañeros, inclu-

yendo al propio presidente, Putin, quienes le consideran un traidor por haber puesto al descubierto los trapos sucios.

Gracias, precisamente, a los testimonios de Litvinenko; de Oleg Kalugin, ex general del KGB también en el exilio, y de otros muchos desertores se saben cosas como la existencia del Laboratorio-12, conocido también

con el nombre de *la Cámara*. Fue creado por orden de Stalin durante los años 30 con el objetivo de sintetizar potentes venenos que mataran con rapidez y sin dejar huella en el organismo. Solían probarse en seres humanos, en reclusos condenados a muerte. Con ellos fueron ejecutados personajes como el diplomático sueco Raoul Wallenberg, muerto en

1947, el dirigente nacionalista ucraniano Stepán Bander en 1959 y el disidente búlgaro Gueorgui Márkov en 1978.

Amir Hatab, uno de los líderes de la guerrilla chechena, murió hace tres años tras extraer una carta del sobre. El papel había sido tratado con una poderosa toxina. Sigue existiendo la teoría de que el líder palestino Yasser Arafat fue asesinado con un veneno que el Mossad obtuvo en Rusia. El presidente ucraniano, Víktor Yúshenko, no llegó a morir porque no ingirió la cantidad suficiente de la dioxina que le pusieron en la comida. Su rostro, no obstante, ha quedado desfigurado.